Cahiers de civilisation espagnole contemporaine

De 1808 au temps présent

21 | 2018 :
automne 2018
Études

El exilio cotidiano: sociedad, violencia y guerra civil en el siglo XIX español

The daily exile: society, violence and Civil war in the 19th century Spain

L'exil quotidien : société, violence et guerre civile dans l'Espagne du XIX^e siècle

RAMÓN ARNABAT

<https://doi.org/10.4000/ccec.7678>

Résumés

Français English Español

Le XIX^e siècle est, sans aucun doute, le siècle de l'exil espagnol. Tout au long du siècle des huit cents, des milliers d'Espagnols ont pris le chemin de l'exil motivé par des causes politiques. À la fin du XIX^e siècle, plus de 200.000 Espagnols, issus de toutes les familles politiques : libéraux et carlistes, progressistes et conservateurs, républicains et démocrates, anarchistes et socialistes, s'étaient exilés. L'exil deviendrait une seconde patrie pour beaucoup d'entre eux qui finirent par y former des familles ; pour d'autres, ce serait une expérience conjoncturelle où ils modéreraient ou radicaliseraient leur comportement politique ; mais pour tous, l'exil est devenu une expérience personnelle et politique du premier ordre dans leurs trajectoires biographiques et a eu une influence décisive sur les progrès de la politique espagnole.

The 19th century is without a doubt the century of Catalan and Spanish exile. Over the course of the century, thousands of Catalans and Spaniards went into political exile. By the end of the century, more than 200.000 Spaniards with democratic, anarchist or socialist leanings took this route. In exile many found a new homeland and started families there; for others it would be a temporary experience during which their political beliefs would become either more moderate or

radicalized. However, for all exiles it would be personal and political experience that would have a profound effect on their lives and a decisive influence on the course of Catalan and Spanish politics.

El siglo XIX es, sin ninguna duda, el siglo del exilio español. A lo largo de la centuria del ochocientos, miles de españoles tomaron el camino del exilio motivado por causas políticas. Al final del siglo XIX, habrían pasado al exilio más de 200.000 españoles, de todas las familias políticas: liberales y carlistas, progresistas y conservadores, republicanos y demócratas, anarquistas y socialistas. El exilio se convertiría en una segunda patria para muchos de ellos que acabaron formando familias en él; para otros sería una experiencia coyuntural donde moderarían o radicalizarían su conducta política; pero para todos ellos el exilio se convirtió en una experiencia personal y política de primer orden en sus trayectorias biográficas y tuvo una influencia decisiva en la marcha de la política española.

Entrées d'index

Mots clés : exil, révolution, contre-révolution, guerre civile, violence politique

Palabras claves : exilio, revolución, contrarrevolución, guerra civil, violencia política

Keywords : exile, revolution, counterrevolution

Lieux : Spain, Espagne, España, Catalogne, Catalonia, Cataluña, Espanya

Périodes : xixe siècle

Notes de l'auteur

Investigación realizada en el marco del Grupo de investigación consolidado *Ideologies i societats a la Catalunya contemporània* (ISOCAC) SGR 2017-361 de la *Generalitat* de Cataluña.

Texte intégral

El diecinueve: el siglo del exilio

- 1 En este texto utilizamos la palabra exiliado/exiliada, para referirnos a la «persona que se ve obligada a salir o a permanecer fuera de su país a raíz de un bien fundado temor a la persecución por motivos de raza, credo, nacionalidad o ideas política» y que «considera que su exilio es temporal –a pesar de que pueda durar toda la vida–, deseando regresar a su patria cuando las condiciones lo permitan –pero incapaz o no dispuesto a hacerlo si persisten los factores que lo convierten en un exiliado»¹. Aunque la palabra utilizada en castellano durante el siglo XIX para definir esta situación es la de «emigrado», que es un galicismo de *émigrée* y que surge con la Revolución Francesa para referirse a aquellas personas que marchaban del país por causas políticas y que en esa misma forma pasaría al inglés².
- 2 Si hay un siglo en la historia de España que pueda calificarse como el del exilio, este es sin duda el XIX. No tanto por el volumen total de exiliados que, a pesar ser importante, fue claramente inferior al provocado por la Guerra Civil española del siglo XX; como por la continuada presencia del exilio en la vida política, cultural, económica y social del país. Un exilio que afectó a todas las tendencias políticas: liberales, absolutistas, carlistas, demócratas, republicanos, anarquistas, socialistas, ...³
- 3 Antonio Alcalá Galiano, liberal español que se exilió en Inglaterra en 1823, señalaba que «la voz emigración, aplicada a los que, o desterrados o huyendo del peligro de padecer graves daños por fallos de Tribunales, o por la tiranía de los soberanos o Gobiernos, o de las turbas, se refugian en tierra extraña», era nueva y que se comenzó a usar «para señalar con un dictado al conjunto de hombres que, de resultas o de reformas, [...] o de excesos atroces, y de una persecución feroz, huyeron de su patria»⁴.

De todas formas, el término «exiliado» no era desconocido en la época y fue usado, por ejemplo, por Charles Laumier al referirse a los liberales españoles en 1814, señalando que «*un grand nombre furent exilés*»⁵.

4 El escritor Mariano José de Larra (1835) escribió que, «por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra»⁶. Otro escritor madrileño, Eugenio de Ochoa (1844), definía al emigrado, como «el hombre que no puede residir en la patria bajo la protección de la ley común» y añadía que «los hombres que más la honran [a España] en virtud, en letras y en armas han comido en alguna época de su vida el pan amargo del destierro». Pero, también afirmaba que el exilio había formado «una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesión [y] la inmigración en industria»⁷. No muy lejos de esta última afirmación y con un cierto cinismo, el escritor Juan Rico y Amat en su *Diccionario de los políticos* (1855) definía la emigración como una «especie de veraneo político en que algunos abandonan la España para marcharse al extranjero, como quien se marcha a tomar baños», que unos aprovechan para vivir «a lo grande» y «otros para labrarse una reputación de gran utilidad para hacer carrera política»⁸.

5 La sucesión de pronunciamientos e insurrecciones armadas, los consiguientes cambios de gobierno y el recurso a la movilización del pueblo en la lucha política, que caracterizan buena parte de la historia del siglo XIX español, explican que la figura del «emigrado», nuestro «exiliado», se convirtiera en un personaje prototípico, tal y como ha apuntado Juan Francisco Fuentes: el emigrado español es

una figura insoslayable del paisaje humano del siglo XIX, dentro y fuera de España, como expresión dramática de una época marcada por un sinfín de revoluciones, contrarrevoluciones y guerras civiles⁹.

6 Es cierto que no fue un fenómeno «puramente español», sino bastante extendido en Europa entre 1789 y 1871, en el transcurso del largo conflicto que enfrentó revolución y contrarrevolución, primero, y liberalismo y democracia después¹⁰. Lo que diferencia el caso español en el marco europeo es la continuada presencia del exilio, de hecho, hasta 1939, como resultado de la inestabilidad del sistema liberal y democrático y de la pervivencia de la política excluyente de los sectores conservadores y reaccionarios¹¹.

7 Si bien es cierto que el exilio español del siglo XIX ha merecido bastante atención por parte de la historiografía, ésta ha sido claramente inferior a la que se ha prestado al exilio de 1939, lo cual no corresponde a su importancia numérica, ni cualitativa¹². De manera que aún quedan aspectos por estudiar: la importancia que tuvo en el devenir político y social de los diversos marcos territoriales de salida y de acogida, así como la influencia que tuvo en las trayectorias personales de los exiliados y de sus familiares.

La larga confrontación entre revolución y contrarrevolución

8 Las razones que llevaron al exilio a miles de españoles durante el siglo XIX fueron diversas, pero la mayoría de ellas estaban directamente relacionadas con la vida política del país. Una de las principales causas del exilio continuo del siglo XIX fue el largo enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución que lo atravesó y que se manifestó mediante la utilización de la violencia política por parte de unos y otros. Violencia política, entendida como la fuerza con que a alguien o a algunos se les obliga a actuar políticamente contra sus deseos o se les impide actuar conforme a sus deseos, y que derivó a menudo en guerra civil¹³. Una vez terminada esta era imposible convivir

pacíficamente, porque el vencedor pretendía aniquilar al enemigo o forzarlo a tomar el camino del exilio.

9 Si bien esta fue una causa común en los exilios europeos tuvo más incidencia en España, donde la división del país se mantuvo a lo largo de todo el siglo y donde ambos bandos encontraron siempre hombres dispuestos a enrolarse en sus filas. Precisamente, una de las características de la España del ochocientos fue la profunda división social, política y cultural, que facilitó que en todos los enfrentamientos políticos hubiera siempre una parte importante de la sociedad implicada, y que, en la resolución de dichos enfrentamientos, hubiera siempre un número considerable de perdedores¹⁴.

10 A lo largo del siglo XIX España vivió seis guerras en su territorio interior, cinco de ellas civiles, lo cual condicionó la dinámica política y social: la guerra de la Independencia (1808-1814), la guerra Realista (1822-1823), la guerra de los *Malcontents* o de los Agravados (1827-1828), la primera guerra Carlista (1833-1840), la guerra de los *Matiners* o segunda guerra Carlista (1846-1849) y la tercera guerra Carlista (1872-1876). Cinco de estas seis guerras y cuatro de las cinco civiles se concentraron en la primera mitad del ochocientos. De manera que hubo enfrentamientos armados durante veinte de los cincuenta primeros años del siglo XIX, lo que significa que cada generación vivió dos o tres guerras en el marco general de la violencia política. Excepcional es el caso de Cataluña, ya que todas estas guerras tuvieron lugar en su territorio y dos de ellas de forma exclusiva o casi (la de los *Malcontents* y la de los *Matiners*)¹⁵.

11 La violencia política y los enfrentamientos armados civiles son, en buena parte, resultado de una mentalidad inquisitorial que traza una división excluyente entre el «bien» y el «mal». Esta mentalidad, formaba parte de la cultura política de los sectores reaccionarios y contrarrevolucionarios y ofrecía un margen muy estrecho a la convivencia política. Frente a la ideología democrática y republicana de la inclusión civil y política de todos los ciudadanos, la ideología reaccionaria mantuvo el discurso de la división del país entre «buenos» y «malos» y, por lo tanto, una política segregacionista y excluyente que pretendía eliminar o aplastar al «otro». Lo podemos comprobar en este texto publicado en el periódico *La Atalaya* y dirigido a Fernando VII en 1814, apenas restaurado el absolutismo:

tres o cuatro mil enemigos de Vuestra Majestad llevados unos a la hoguera y los otros a una isla incomunicable, en nada hacen decrecer el número de sus vasallos. [...] traed a la memoria cuántos millares más fue menester herir para arrojar de España a los moriscos y a los judíos, mucho menos perjudiciales que nuestros jacobinos, y con todo, su expulsión se ejecutó, y desde entonces comenzamos a vivir felices y sin susto¹⁶.

12 Esta política dejará poco espacio vital y político a los perdedores, sobre todo cuando éstos sean liberales, demócratas o republicanos, o incluso cuando los perdedores sean los contrarrevolucionarios, ya que, según su ideología excluyente, no tienen lugar en un país gobernado por los «otros»¹⁷. Mariano José de Larra (1836) reflejó perfectamente este ambiente describiendo Madrid como un vasto cementerio y donde se podía leer en una de sus tumbas: «Aquí yace media España: murió de la otra media»¹⁸.

De la Revolución Francesa a la primera restauración absolutista (1789-1819)

13 La Revolución Francesa, especialmente, durante la época de la Convención (1792-1795), provocó una nutrida emigración hacia España. Un buen número de

émigrés franceses se instalaron en el norte de la Península, baluarte del absolutismo monárquico, escapando de su revolución. Unos 2.000 se instalaron en Cataluña, destacando los eclesiásticos y los nobles que formaron algunos clubs realistas¹⁹. El establecimiento en Cataluña de un gran número de *émigrés* entre 1791 y 1792 preocupó a las autoridades, ya que temían algún alboroto porque una parte de los catalanes acabó recelando de aquellos vecinos del norte que les hacían la competencia profesional en su propia casa. La mayoría de estos exiliados, sobre todo los nobles, volvieron a Francia con Napoleón (1801-1814) primero y con Luis XVIII después (1814). En cambio, algunos militares se quedaron en España y se enrolaron en sus ejércitos.

14 También hubo emigrados españoles simpatizantes de las ideas revolucionarias que se refugiaron en Francia ante el acoso de las autoridades absolutistas, especialmente la Inquisición. El más conocido de los exiliados españoles fue José Marchena que en 1792 se trasladó a Bayona, donde conoció a otros exiliados españoles y se alineó con los girondinos. Además, Marchena se convirtió en el principal propagandista de los valores revolucionarios en lengua española, publicando junto a Rubín de Celis, el periódico bilingüe la *Gaceta de la libertad y de la igualdad* y redactando la famosa proclama «A la Nación Española» que tuvo una amplia difusión en España²⁰. Otro exiliado voluntario ilustre fue Joan B. Picornell, autor de la primera traducción castellana del texto de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* (Isla de Guadalupe, 1797). Picornell se movió entre París, Nueva York, Nueva Orleans, Caracas y Cuba y participó en diversos movimientos revolucionarios, como, por ejemplo, la Conspiración de La Guaira (1797) para liberar Venezuela y en la cual también participaron otros catalanes como Manuel Gual y Josep Rusiñol²¹.

15 Este primer exilio liberal tendrá continuidad durante la primera mitad del siglo XIX y acabará configurando una internacional liberal en la que participarán españoles, franceses e italianos, sobre todo. Esta internacional liberal contará con el respaldo de las sociedades secretas que, a su vez, se expandirán también con el exilio político²².

16 La guerra de la Independencia (1808-1814) marcó el inicio de los enfrentamientos armados del siglo XIX en España y, a la vez, el inicio de los desplazamientos masivos de población por razones políticas: los exilios contemporáneos²³. Con ella cambió definitivamente la dirección del exilio, ya que a partir de este momento fueron, mayoritariamente, los españoles los que buscaron refugio en Francia y otros países europeos y americanos.

17 A lo largo de la guerra hubo un importante colectivo de españoles, sobretodo de las zonas fronterizas, que pasaron a Francia. Unos en busca de trabajo, huyendo de la guerra y la miseria; otros como desertores de las tropas insurrectas de Cataluña; y otros como rehenes o deportados (miembros del clero y guerrilleros, sobretodo). A estos debe añadirse el contingente más importante, el de los prisioneros de los ejércitos napoleónicos y los 15.000 hombres de las tropas del marqués de la Romana que colaboraban con el imperio napoleónico en Dinamarca.

18 1813 es el año que marca el inicio del exilio voluntario español de la época contemporánea, con la marcha a Francia de los afrancesados y sus familias (2.252 funcionarios y 830 militares), a los que se fue añadiendo un importante contingente de soldados y prisioneros de guerra. En total, unas 12.000 familias (unas 36.000 personas)²⁴. El año siguiente se les sumaron los patriotas liberales (profesionales, clases medias, negociantes y propietarios) que buscaban refugio ante la represión absolutista²⁵. Se calcula que durante la guerra y al finalizar esta, unos 65.000 españoles habían cruzado la frontera y se habían instalado, provisionalmente, en Francia²⁶.

19 El gran número de exiliados españoles al finalizar la guerra de la Independencia está directamente relacionado con el Real Decreto de 4 de mayo de 1814, mediante el cual Fernando VII dejaba muy clara su voluntad de restaurar el absolutismo y desplegar una

represión general contra el liberalismo. Pero la vuelta al absolutismo era imposible a medio plazo por diversas razones: las semillas del liberalismo ya estaban sembradas; el déficit de la hacienda pública era inabordable; y el país padecía una crisis económica estructural²⁷.

20 Napoleón y el gobierno francés distinguieron entre aquellos exiliados españoles que habían sido fieles al Imperio y a sus familias, que recibieron ayuda económica; y aquellos otros que estaban en Francia por razones económicas, a los que se ayudó a encontrar trabajo, eso sí, con la prohibición explícita de residir a menos de 25 kilómetros de la frontera. La primera y la segunda caída de Napoleón en 1814 y la restauración de Luis XVIII empeoraron la situación de los españoles refugiados en Francia, ya que muchos de ellos fueron acusados de complicidades con el golpe de estado napoleónico, especialmente los afrancesados, algunos de los cuales se plantearon regresar a España²⁸. Pero, un nuevo real decreto de Fernando VII de 30 mayo de 1814, que imponía diversas penas de destierro a los afrancesados y a los liberales y que marcaba el inicio oficial de la represión absolutista, les hizo desistir de intentarlo. Al contrario, dicho decreto favoreció que aún más liberales marcharan al exilio. Tan solo fueron regresando paulatinamente los soldados españoles prisioneros.

21 A finales de 1814 había unos 18.000 españoles en el exilio: soldados y prisioneros de guerra, afrancesados y liberales que habían buscado refugio ante la represión absolutista. Unos 15.000 se esparcieron por Europa, sobre todo por Francia, y unos 3.000 por América. La mayoría de los que se quedaron en Francia se asentaron en los departamentos del sur y los más acomodados en París y Burdeos. Muchos de ellos acabaron en los batallones de trabajadores y en los depósitos de refugiados, en realidad campos de refugiados, y en el cuerpo legionario del ejército francés. Tal y como señala José Deleito: «Apenas habría rincón alguno de los Pirineos, por donde no hayan vagado aquellas tristes sombras errantes»²⁹. Por su parte, Eugenio Ochoa nos habla de su miserable condición y de que «la ilusión [de volver] les ayudaba a soportar el calvario de su exilio, con esperanzas siempre renovadas y siempre fallidas»³⁰.

22 Algunos exiliados se instalaron en Inglaterra. Se trataba de una minoría con cierto poder económico, alta cualificación profesional o militar, que se convirtió en un núcleo de oposición al absolutismo. Allí encontramos a Antonio Puigblanch, a Juan Van-Halen, a José María Blanco White, o a Álvaro Flórez Estrada³¹.

23 Pocos exiliados cruzaron el Atlántico y llegaron a América, instalándose en Nueva Orleans, Filadelfia, Baltimore o Río de la Plata. Para muchos europeos, América era una tierra de oportunidades y un refugio seguro, ya que en el norte se había implantado el sistema constitucional y en el centro y el sur se luchaba por la independencia. Algunos, como Javier Mina y Mariano Renovales, lo hicieron para combatir a la monarquía restaurada de Fernando VII desde sus territorios americanos. Otros dejaron una impronta cultural. Las trayectorias personales de estos hombres se juntaron y se cruzaron con las de otros que, ya fuese por motivos políticos o económicos, los llevaron a residir en varios continentes en diversas circunstancias. Lo cual no era más que una muestra de las dimensiones del aumento de la circulación de personas e ideas que trajeron consigo las convulsiones de la era de las revoluciones políticas y económicas³².

24 A partir de 1815 el gobierno francés presionó a los exiliados para que retornasen a España, reduciendo las ayudas y aumentando el control en los campos de refugiados. De hecho, algunos regresaron a lo largo de este año. A pesar de ello a finales de 1815, todavía había entre 6.000 y 7.000 españoles refugiados en Francia, con un coste de mantenimiento para el estado francés de cinco millones de francos. La situación se agravó con el Real Decreto de 15 de diciembre de 1815 que provocó una segunda oleada de exiliados, en este caso patriotas liberales.

25 Entre 1816 y 1818 Fernando VII publicó varios decretos de amnistía que, a pesar de

sus limitaciones, permitieron que unos pocos exiliados formalizasen sus peticiones de retorno. El 15 de febrero de 1818 y el 17 de diciembre de 1819 se publicaron sendas Reales Cédulas que intentaron abrir las puertas a los afrancesados, pero las limitaciones eran tan grandes que muchos de ellos decidieron quedarse en Francia e incluso nacionalizarse³³.

El Trienio Liberal (1820-1823)

26 La proclamación de la Constitución de 1812 a principios de 1820 comportó el retorno de buena parte de los liberales exiliados en Francia, al tiempo que los decretos de 23 y 26 de abril de este año facilitaban el retorno de los afrancesados, aunque no fue hasta la publicación del decreto de amnistía de las Cortes de 26 de septiembre cuando estos pudieron regresar con plenos garantías y derechos³⁴.

27 Se inició a partir de entonces un exilio individual de signo contrario. Ahora eran los realistas o absolutistas lo que buscaban refugio al otro lado de la frontera para huir del sistema constitucional o participar y dirigir la contrarrevolución. En Catalunya, por ejemplo, los hacendados Salvador Malavila y Domènech Caralt y una larga lista de eclesiásticos, como el arzobispo de Tarragona Jaume Creus o el Obispo de Solsona Manuel Benito y Taberner. En total, medio millar de catalanes, mayoritariamente miembros del clero y contrarios a la Constitución, pasaron a Francia entre 1820 y 1822. A su vez, Cataluña recibiría cerca de un millar de exiliados liberales napolitanos y piamonteses que huían del absolutismo. Muchos de estos exiliados participaron tanto en las sociedades secretas, sobre todo carbonarias, como en la Milicia Voluntaria y en las tropas de choque en la guerra realista, formando batallones propios, como el batallón de los emigrantes italianos³⁵. También se exiliaron a España unos 500 revolucionarios franceses que huyeron del país vecino una vez fracasaron los intentos insurreccionales y se instalaron, mayoritariamente, en el País Vasco y Madrid³⁶.

28 A lo largo del Trienio Liberal, con la agudización del enfrentamiento entre realistas y constitucionales, fue ampliándose la nómina de españoles refugiados en los Departamentos franceses fronterizos: Pyrénées-Atlantiques, Hautes-Pyrénées, Haute-Garonne, Ariège y Pyrénées-Orientales, especialmente en este último. Exiliados que presionaron al gobierno francés para que interviniera y restaurase el absolutismo en España, a la vez que financiaban y dirigían las partidas realistas que rondaban por Cataluña y Navarra. La guerra civil que vivieron Cataluña y Navarra el verano y el otoño de 1822 convirtió la frontera francesa en lugar de cobijo de las partidas realistas³⁷.

29 A finales de 1822, según los datos del vicecónsul español en Perpiñán, en el Departamento de los Pirineos Orientales había entre 4.900 y 5.000 realistas «que no recibían más socorro que el del pan y este escaso, de suerte que se hallan en la mayor miseria, sosteniéndose únicamente de las limosnas que recogen.»³⁸ La situación de los soldados realistas en Francia era bastante miserable, tal y como escribió el realista catalán Josep Nin, *Xaconin*: «nos dieron el pan, de tanta hambre que teníamos, cuando nos lo dieron, enseguida se terminó y los franceses decían 'miserable español', y casi lloraban»³⁹. Posteriormente, a finales de febrero de 1823, fueron vestidos, alimentados y armados.

30 El mes de marzo de 1823 ya eran 6.500 los realistas catalanes refugiados en el sur de Francia, mayoritariamente soldados y oficiales y eclesiásticos, pero también mujeres y niños, repartidos por una multitud de pueblos de la Cerdaña y el Rosellón⁴⁰. A pesar de sus divisiones internas, los realistas preparaban el rearme para volver a intentar entrar en España. De hecho, la mayoría de ellos volvieron a Navarra y Cataluña acompañando las tropas francesas de los «Cien mil de San Luis» que entraron en abril de 1823⁴¹.

La segunda restauración absolutista (1823-1833)

31 La segunda restauración del absolutismo por Fernando VII en 1823, significó el inicio de una brutal represión contra los liberales, en la que se aplicó la mentalidad inquisitorial de que hemos hablado, y que provocó un gran número de asesinatos, encarcelados, multados, depurados o purificados y exiliados, como nunca se había conocido en España, y como no se repetirá, en cuanto a su volumen e importancia relativa, hasta la implantación del régimen franquista el año 1939⁴². La mentalidad inquisitorial se percibe perfectamente en esta reflexión del gobernador del Consejo de Castilla, Ignacio Martínez de Villela, ante el embajador francés:

le constaba que de los nueve millones de habitantes que tenía España, había de tres a cuatro millones de liberales [...], pero que valía más vivir en España con un millón de personas como es debido, que con diez millones de revolucionarios⁴³.

32 El enorme despliegue represivo fernandino, sin embargo, no logró restaurar el viejo régimen, ni cerrar el paso al liberalismo, ya que el absolutismo hacía aguas por todos los lados⁴⁴.

33 Desde el trono se avaló y se protegió la represión «espontánea» de los Voluntarios Realistas, al igual que Francisco Franco protegió a la represión «espontánea» de los falangistas en 1939. La brutalidad de la represión de 1823 fue denunciada por un hombre tan poco sospechoso de liberal como el marqués de Miraflores:

Prisiones, asesinatos, tropelías inauditas y de todas especies, el más furioso democratismo, desarrollado a la Augusta sombra de lealtad, de restauración de las Antiguas Leyes, y de la Religión de un Dios de paz y misericordia; [...]; la Regencia lo veía, y no solo lo toleraba, sino que tácitamente lo aplaudía. Sus autoridades subalternas nada hacían, o coadyuvaban a las persecuciones, y participaban de los despojos de los perseguidos⁴⁵.

34 La represión realista contra la población liberal llegó a niveles aberrantes y fue fruto de una combinación de revancha personal y de planificación política para lograr depurar la Administración y el Ejército y aterrorizar a los constitucionales. Karl Marx señalará que,

según la *Gaceta de Madrid*, en un solo mes –del 24 de agosto al 24 de septiembre de 1824– fueron fusiladas, ahorcadas o descuartizadas mil doscientas personas y eso que aún no se había promulgado el bárbaro decreto contra los comuneros⁴⁶.

35 Para entender esta vesania represora del absolutismo fernandino hay que tener en cuenta que, según los realistas, el número de adictos a la Constitución era de un millón de personas que «forman con sus familias la mitad de la población total de la Península»⁴⁷. Aunque sin llegar a estas cifras, los informes recogidos por la Superintendencia de Policía indicaban que, tres años después de la restauración absolutista, todavía había en España 175.000 personas, un 1,75% de la población y un 9% de los vecinos⁴⁸.

36 Durante 1823 y 1824 emprendieron de nuevo el camino del exilio entre 25.000 y 30.000 liberales españoles. En algunos casos era la segunda vez que lo hacían en el transcurso de una década⁴⁹. Entre 15.000 y 20.000 se establecieron en Francia. La mitad eran soldados y oficiales que se habían refugiado siguiendo los acuerdos militares, aunque a menudo fueron tratados más como prisioneros que no como refugiados, encerrándolos en campos de concentración en Marsella, Perpiñán y Burdeos. La otra mitad eran artesanos y menestrales (14,5%), campesinos (14%),

comerciantes (12,5%), profesionales liberales (10%), funcionarios (6,5%) y propietarios (5%)⁵⁰.

- 37 A Inglaterra, vía Gibraltar, llegaron un millar de españoles exiliados, pertenecientes a los sectores sociales más acomodados, como los diputados Pere Surrá y Rull, Agustín Arguelles, Juan Romero Alpuente, y Esteve Desprat, o literatos como el Duque de Rivas, José Joaquín de Mora, Telésforo de Trueba y Cosío o José de Espronceda⁵¹. La mayoría se concentraron en el modesto barrio de Somers Town. Y si bien es cierto que fueron bien acogidos y que se respiraba liberalismo, su radicalismo les hacía sospechosos. Además, no se adaptaron ni a las costumbres, ni a la lengua inglesa, sino que reforzaron su sentimiento de exiliados españoles en sus tertulias i reuniones en cafés, parques y casas particulares⁵². Antonio Alcalá Galiano narró su peripecia vital en el barrio londinense de Somers Town destacando los efectos positivos de la amistad entre exiliados para sobrellevar su situación:

había en nuestra situación algo y no poco que la suavizase: la amistad, que se hace más tierna en la desdicha, algo de lícito orgullo de lo que estimábamos nuestro honrado proceder, y esperanzas, aunque lejanas y débiles, nunca del todo perdidas, que nos presentaban un futuro incierto, distante; pero hermoso, como es en sí todo porvenir halagüeño, a lo cual nunca pueden llegar las realidades⁵³.

- 38 Otros se quedaron en Gibraltar o viajaron a Portugal, a los Países Bajos, Italia, Malta o al Imperio Otomano⁵⁴. Y, aún otros, atravesaron el océano para llegar a los Estados Unidos de América, Chile, Perú, Bolivia y Río de la Plata, como Josep Sardà y Juan Bautista Carbonell⁵⁵. Un número considerable de los exiliados en Sudamérica se integraron en los nuevos estados como profesionales cualificados (militares, maestros, abogados, ...) ⁵⁶.

- 39 Los exiliados liberales españoles se llevaron al exilio sus divisiones y rencores. Moderados y exaltados siguieron acusándose mutuamente de haber contribuido a la caída del régimen constitucional, según los primeros por realizar reformas demasiado profundas y demasiado rápidas y, según los segundos por hacer reformas superficiales y lentas⁵⁷. A pesar de ello, desde Francia e Inglaterra, prepararon diversas conspiraciones para derribar el absolutismo en España⁵⁸. Mientras tanto, en 1826, unos 6.000 miguelistas portugueses encontraron refugio político en España, en su lucha contra el gobierno constitucional portugués⁵⁹.

- 40 Fernando VII se fue dando cuenta que la restauración de la monarquía absoluta era imposible, e inició una serie de pequeños cambios para intentar reorientar la política económica con la colaboración de algunos liberales moderados. Estas pequeñas reformas, sirvieron de excusa a los sectores ultra absolutistas para reivindicar la figura de su hermano Carlos María Isidro y lanzar una batalla política contra Fernando VII y su gobierno reformista. Esta oposición acabaría provocando una nueva guerra civil conocida como la de los *Malcontents* o Agraviados y que tuvo especial incidencia en Cataluña⁶⁰. El fracaso de la revuelta provocó un reducido exilio voluntario de sus dirigentes y el destierro forzado de otros participantes en el levantamiento a América y al norte de África. En total un millar de personas.

- 41 El año 1830 cambió sustancialmente la situación política en Francia. La revolución provocó la caída del régimen monárquico absolutista de Carlos X y su substitución por la monarquía liberal de Luis Felipe de Orleans. Muchos exiliados españoles que vivían en Inglaterra y América decidieron aproximarse a España e instalarse en Francia⁶¹. Así, según una estadística del gobierno francés, en septiembre de 1831 había en Francia 2.867 refugiados españoles, 1.524 italianos y 962 portugueses, 5.353 personas en total. En el caso español se trataba básicamente de oficiales y soldados: 2.294, que fueron repartidos en depósitos acuartelados en los que vivían bajo su propia disciplina militar,

aunque supervisados por los prefectos, y que se encontraban en departamentos alejados de la frontera española. Allí recibían sus subsidios, raciones de pan y carne y ropa y calzado. La mayoría de los civiles estaban repartidos por París, Burdeos y Marsella y, en menor cantidad, por Toulouse, Nîmes, Montpellier o Lyon⁶².

42 La respuesta de la monarquía española consistió en aumentar el control sobre los exiliados e impedir su regreso. A pesar de ello y, sobre todo, a partir de 1832 aumentó el número de solicitudes de retorno, de manera que el vicecónsul de Perpiñán manifestaba su preocupación por «el gran número de españoles indigentes que se presentan para entrar en España» (23 de junio de 1832).⁶³ No fue, pero, hasta el 15 de octubre de 1832 cuando se otorgó una amnistía digna de este nombre, pero para entonces muchos de los exiliados estaban ya mínimamente instalados y no se mostraron confiados en regresar. Aun así, hubo un grupo considerable que sí aceptó la propuesta. De las 6.000 fichas abiertas para gestionar los retornos, un 75% procedían de Francia, un 20% de Inglaterra y Gibraltar, y el resto de Los estados Unidos, Bélgica, Portugal, ...⁶⁴ En octubre de 1833, una vez muerto Fernando VII y proclamada Isabel II (siendo regente María Cristina), se dictará una nueva amnistía, que permitirá que, entre 1833 y 1834, un numeroso grupo de exiliados liberales regrese a España (soldados y oficiales, profesionales, artesanos y campesinos). A finales de enero de 1834 tan solo quedaban en Francia 284 españoles refugiados «oficialmente»⁶⁵.

Las guerras carlistas (1833-1848)

43 A lo largo de la primera guerra carlista (1833-1840), sobre todo a partir de 1835 y hasta 1839, encontraremos un millar de combatientes carlistas catalanes refugiados en el sur de Francia y en los departamentos del Hérault y del Gard (Sète, Béziers, Montpellier, Lunel, Clermont la Hérault, Lodève y Agde), desde donde conspiraban a favor del príncipe Carlos. Buena parte de estos carlistas catalanes exiliados en Francia eran abogados, artesanos, menestrales y campesinos, con graduaciones diversas que iban desde soldados hasta oficiales. A ellos hay que sumar los carlistas hechos prisioneros y deportados durante la guerra, unos 3.600 (2.100 a Puerto Rico, 1.500 a Cuba y unos pocos a Filipinas). Las amnistías publicadas por el gobierno isabelino durante el conflicto bélico pondrán como condición previa para autorizar cualquier retorno jurar la Constitución de 1812 (Decreto de 28 de agosto de 1836), lo cual dificultará que los carlistas exiliados se acojan a ellas⁶⁶.

44 Será, pero, al final de la guerra (1839-1840) cuando se producirá el exilio masivo de carlistas hacia Francia, al no aceptar las tropas carlistas mandadas por Ramón Cabrera el acuerdo de Bergara firmado por Maroto y Espartero.⁶⁷ El verano de 1840, según Cabrera, atravesaron la frontera con Francia unos 20.000 hombres: 74 jefes, 1.980 oficiales y 18.678 soldados, la mayoría catalanes, valencianos y aragoneses. Estos se sumaron a los 5.000 hombres que se habían exiliado a raíz de la firma del convenio de Bergara a finales de 1839 y a los, aproximadamente, 7.000 carlistas vascos que entraron en también en 1840⁶⁸. De manera que, a finales de 1840, había unos 36.500 carlistas refugiados en Francia que fueron instalándose en los departamentos de los Pirineos Orientales, de la Alta Garona, de los Altos Pirineos y del Tarn y Garona⁶⁹.

45 Una parte considerable de los soldados y oficiales carlistas intentaron regresar a España muy pronto, acogiéndose al indulto del 30 de noviembre de 1840 y al decreto el 30 de agosto de 1841. Aunque la mayoría debió esperar a 1842 para volver, ya fuese de forma oficial o clandestina.

46 La mayoría de edad de Isabel II y la formación de un gobierno moderado a finales de 1843, comportó un aumento del control y de los filtros hacia los republicanos exiliados.

Una buena muestra de ello es la negativa a entregar el pasaporte al republicano catalán Abdó Terrades. En cambio, se abrieron una y otra vez las puertas al regreso de los carlistas, como sucedió con el decreto real de 28 de octubre de 1845⁷⁰.

47 Pero el pleito carlista no se cerró y en 1846 estalló un nuevo conflicto armado, el de los *Matiners* o segunda guerra carlista (1846-1849) de incidencia casi exclusiva en Catalunya y que contó con la extraña alianza de carlistas y republicanos contra el gobierno moderado. La derrota de los primeros llevó de nuevo a un numeroso contingente de carlistas al exilio, esta vez acompañados de republicanos como Tomás Bertrán y Soler, Gabriel Baldrich o Ermenter Huguet. Unos 3.000 hombres en total (un 80% de carlistas y un 20% de republicanos, aproximadamente) que se instalaron mayoritariamente en Francia (Perpiñán, Bayona, Burdeos, Marsella, Montpellier), pero también en Argelia, Portugal, Italia e Inglaterra⁷¹.

48 La mayoría de estos exiliados, unos 2.500 (85% carlistas y 15% republicanos) se acogieron a los nuevos indultos de 19 de enero y de 8 de junio de 1849. El hecho de que estas amnistías exigieran el juramento de fidelidad a la reina y a la Constitución hizo que otro grupo de unos 500 exiliados se quedara en el extranjero y no volviera hasta los años sesenta. Mientras tanto, desde Montpellier y Béziers, algunos republicanos y carlistas no dejaron de preparar levantamientos contra la monarquía isabelina, por lo que fueron internados al interior del país vecino. La mayoría de los que se quedaron en el exilio eran, tal y como señala Rodríguez-Moñino, «gente humilde, cuya acondicionado nos refleja la escasa importancia social de estos grupos, fieles a una idea y siempre dispuestos, por ella, a luchar, con entrega total a su causa»⁷².

49 En 1848 se producirá una nueva ola revolucionaria en Europa en la que participarán algunos de los exiliados españoles, especialmente los residentes en París. Destaca el papel que jugó Nicolás de Balza, que había sido presidente de la Junta de Armamento y Defensa de la ciudad de Barcelona durante la *Jamancia* de 1843. Balza firmó manifiestos en plena revolución de 1848 en París y formó un *Comité Démocratique Espagnol*. También desde París, el republicano Abdó Terrades hizo un llamamiento a los «soldados del pueblo» a seguir «el pendón republicano» para desembarazarse de los carlistas: «sacudir la librea de esclavos que os han impuesto los desesperados defensores del absolutismo teocrático, ... las fuerzas combinadas del oro, la astucia, y la mentira»⁷³.

Republicanos, demócratas i carlistas

50 A partir de la década de los cuarenta y hasta finales del siglo XIX se produjo un exilio continuado, aunque no masivo, que llevará a Francia a carlistas, republicanos y demócratas, socialistas y anarquistas españoles.

51 Después del Bienio Progresista (1854-1856), unos 3.500 demócratas y republicanos españoles pasaron al exilio en Francia, Bélgica, Suiza e Inglaterra, en las ciudades de París, Bruselas, Londres y Ginebra. En Italia se instaló Rafael Escanó, militar y político republicano federal, que participó en las luchas por la construcción de un estado liberal unificado en Italia⁷⁴. También el publicista republicano federal y socialista Fernando Garrido, dio su apoyo a la revolución liberal italiana organizando la Legión Ibérica. Garrido ya había estado en el exilio durante la Década Moderada (en Londres y Lisboa) y volvió a él con al caer la Primera República (en Lisboa y París)⁷⁵.

52 Las amnistías del 20 de octubre de 1856 y del 7 de diciembre de 1857, facilitaron el retorno de cientos de carlistas, demócratas y republicanos que habían marchado al exilio en 1848/1849: La mayoría de ellos tenían entre 35 y 40 años, eran de procedencia humilde y tenían escasa formación cultural (combatientes –oficiales y soldados–,

jornaleros, agricultores, tejedores, artesanos). El 80% de los que volvieron eran catalanes⁷⁶.

53 Los fracasos de los intentos revolucionarios de 1865-1867 (el de Delgado, en enero de 1866, y el de los sargentos del cuartel de San Gil, en junio de 1866) llevaron a varios dirigentes y militantes progresistas, demócratas y republicanos al exilio en Francia –París–, Inglaterra –Londres–, Bélgica –Bruselas–, Suiza –Ginebra–, Portugal –Oporto– y Gibraltar, desde donde conspiraron contra la monarquía isabelina. Entre ellos encontramos a Víctor Balaguer, el general Prim, y Francisco Pi y Margall. En total fueron unos 3.000 hombres los que se exiliaron en diferentes momentos y con estancias diversas.

54 Pero, fue con motivo del fin de la experiencia democrática del Sexenio Democrático (1868-1874) y de la Primera República española (1873-1874), cuando el exilio de los republicanos y los obreristas adquirió un carácter más masivo, con cerca de 5.000 españoles.⁷⁷ Unos se exiliaron en Francia (2.500), en Argelia (500) y en América (1.000), y otros, cerca de un millar, fueron deportados a América del sur.

55 Una vez más, Francia acogió a la mayoría de los exiliados, especialmente los republicanos como Francisco Sunyer Capdevila que fue de una a otra parte de la frontera sucesivamente. Progresistas como Víctor Balaguer, el político y literato, que más de una vez atravesó la frontera desterrado, y regresó clandestinamente con una barba postiza y un zurrón a la espalda⁷⁸. O el general Juan Prim quien en una ocasión atravesó la frontera hacia Cataluña disfrazado de mendigo⁷⁹.

56 En el transcurso de la tercera guerra carlista (1872-1876) un numeroso grupo de carlistas hechos prisioneros fueron deportados. Mientras tanto, otros conspiraron desde Francia, especialmente desde Perpiñán, Bayona y San Juan de Luz⁸⁰. Al final de la guerra, entre 1875 y 1876, unos 20.000 carlistas españoles, volvieron a exiliarse en Francia y cerca de un millar fueron deportados a Ultramar, donde realizarían seis años de servicios de armas o trabajos forzados en las obras públicas. La mayoría, sobre todo catalanes y valencianos, acabarían volviendo pronto, y entrarían en el juego político del sistema de la Restauración que, al fin y al cabo, defendía una política similar, si bien con un rey diferente. Un nuevo indulto, en febrero de 1876, completado en febrero y marzo de 1877, facilitó el retorno de miles de soldados carlistas, mientras que la mayoría de los oficiales se mantuvieron en el exilio⁸¹.

Obreros, anarquistas, socialistas,

57 Durante el último cuarto del siglo XIX, las causas del exilio estuvieron directamente relacionadas con el movimiento obrero de la primera internacional (la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores –AIT– y la Federación de Trabajadores de la Región Española –FTRE–). El internacionalismo obrero se vio favorecido por el exilio, sobre todo de los dirigentes catalanes en diversos lugares de Europa donde se configuró el movimiento de la Internacional, lo que les permitió establecer contactos y relaciones directas con los máximos responsables de la AIT. Nos sirve de ejemplo la participación en el III congreso de la AIT celebrado en Bruselas en 1868 de Antoni Marsal y Anglora que, con el seudónimo de Sarro Magallán y en representación de una Legión Ibérica de Barcelona, informó de la compleja situación de la asociación obrera en Cataluña:

58 Encadenadas después de largo tiempo por un poder despótico, las sociedades obreras de España envían un saludo cordial a sus hermanos del resto de Europa. El momento presente no es muy favorable para las asociaciones. No obstante, *sotto voce*, en Cataluña y en Andalucía las asociaciones obreras desarróllense poco a poco. Se arresta a

los obreros que están a la cabeza de estas sociedades, pero cada día se nombran docenas de delegados nuevos. Por más que los poderes quisieran detenerlos, no pueden seguir esa vía y se ven obligados a dejarles libres. Los obreros españoles están dispuestos a luchar con sus hermanos contra esa formidable asociación del Ejército, del Trono y del Altar, para establecer, al fin, sobre bases sólidas, la paz, la justicia y el trabajo⁸².

59 Al IV congreso de la AIT celebrado en Basilea 1869 asistieron Rafael Farga Pellicer y Gaspar Sentinyon; y en el V, celebrado en La Haya en 1872, repitió Rafael Farga. A partir de ese momento, la división de la Internacional entre anarquistas y marxistas hizo que la mayoría de las sociedades obreras catalanas optaran por seguir a la Internacional anarquista. Al congreso libertario de Londres de 1881 asistieron dos delegados catalanes, un tal «Manuel» y S. Figueras. También asistieron obreros catalanes a los diversos intentos de reconstrucción de la Internacional anarquista⁸³. El año 1891, Fernando Tarrida del Mármol asistirá a la reunión anarquista. En cuanto al I Congreso de la Internacional Socialista celebrado en París en 1889 asistieron los obreros catalanes Baldomero Oller y Antoni Fernández; y al de París de 1891 y al de Bruselas-Ostende de 1892, Pere Esteve⁸⁴.

60 Los internacionalistas españoles también se implicaron en la organización obrera en varios de los países donde residían por encontrarse exiliados o por razones laborales. En Europa hay que destacar Suiza que acogió a varios dirigentes obreros exiliados: Cels Gomis y Maestros, exiliado en Ginebra donde fue secretario de la Alianza por la Democracia Socialista (1869-1870)⁸⁵; Gaspar Sentinyon que mantuvo una estrecha relación intelectual con Bakunin; Severo Albarracín Broseta; o José García Viñas. También Francia fue refugio de dirigentes obreros: Pau Alsina, el primer obrero diputado a Cortes, que se exilió en 1869 en Lyon; Baldomero Lostau que vivió en Aix en Provence (1870); José Luis Pellicer que vivió y trabajó en París y Anselmo Lorenzo que residió en Burdeos y Marsella (1872)⁸⁶.

61 En cuanto al exilio en América, cabe destacar al ya citado Pere Esteve que emigró a Estados Unidos, participando en una conferencia anarquista internacional en Chicago, instalándose posteriormente en Filadelfia y Florida, donde participó en la organización de los obreros del tabaco y, finalmente, a Nueva York donde colaboró en diversos medios de comunicación y elaboró varios informes y ensayos⁸⁷. En Argentina se instaló en 1891 Antoni Pellicer Péraire, que ya antes había vivido en Estados Unidos, México y Cuba⁸⁸. También llegó a la Argentina Gregorio Inglán Lafarga que en 1896 fundó el periódico *La Revolución Social* y en 1897 dirigió *La Protesta Humana*, uno de los principales diarios del país, desde donde defendió las ideas anarquistas:

Creyeron algún tiempo los obreros que por medio del sufragio, obtenido el poder, podrían adquirir mayor bienestar, y formaron grandes partidos demócratas socialistas y republicanos, llevaron representantes a los parlamentos, y no por eso su situación mejoró un ápice; y así siguieron hasta que, viéndose engañados por vanas promesas y ridículas farsas de sus representantes, se decidieron algunas sociedades [...] a adquirir aquel mejoramiento por su propio esfuerzo, formando agrupaciones dispuestas a desplegar todas sus energías para el logro de sus fines fuera del terreno político, [...] preconizando como final de esta lucha del trabajo contra el capital la huelga universal, a la que quizás ya se habría llegado si el maldito afán de politiquear, saturado esta vez de cierto perfume obrero, no se hubiera interpuesto⁸⁹.

62 Además, junto a otros sindicalistas catalanes, colaboró en la creación de la Federación Obrera Regional Argentina (1901), un sindicato con muchos paralelismos con Solidaridad Obrera y la CNT⁹⁰.

63 La dinámica política de la Restauración (1875-1898) supuso la marginación política de los partidos republicanos y obreristas y la represión de las organizaciones obreras, lo

cual llevó a varios dirigentes anarquistas y socialistas al exilio francés durante los años ochenta y noventa, desde donde conspiraron junto a sus compañeros ideológicos. Pero también llegaron a Francia desertores y prófugos de las quintas, aunque la mayoría se acogieron a la nueva ley de amnistía de julio de 1891 y volvieron a España entre 1891 y 1893⁹¹.

64 La actividad desplegada por los dirigentes republicanos fue muy intensa en Montpellier y Béziers donde vivían más de 6.000 españoles durante los años ochenta. Cabe recordar que en 1883 se produjo un movimiento insurreccional republicano en la Seu d'Urgell. Este mismo año, el gobierno español situaba en Narbona y Béziers los centros neurálgicos de las tramas de los exiliados republicanos en Francia: «pretenda sumo cuidado con Béziers. Siempre ha sido con Narbona un foco de agitadores tantos catalanes, como de Republicanos»⁹². Una de las principales preocupaciones del gobierno de la Restauración alfonsina fueron las actividades que desarrollaba el republicano Manuel Ruíz Zorrilla en el sureste de Francia (Marsella, Perpiñán y Sète)⁹³.

65 Con motivo de la muerte de Alfonso XII el mes de noviembre de 1885, volvieron a moverse dirigentes carlistas por Perpiñán, Toulouse, Bayona, Béziers, Narbona y Montpellier. La agitación de republicanos y carlistas se aceleró a partir de 1886 y durante los primeros años de la década de los noventa. Para intentar frenarlo el gobierno español, además de pedir al gobierno francés y a los prefectos una mayor vigilancia de la actividad de los dirigentes republicanos y carlistas exiliados promulgó en 1891 una nueva «Ley de Amnistía e Indulto», a la que se acogieron durante los tres años siguientes: prófugos desertores, y suboficiales. Según el vicecónsul de Montpellier, se trataba de «hombres sin instrucción y que en mi concepto han pertenecido a la clase de soldado; la mayor parte son casados y viven del trabajo, con apoyo familiar»⁹⁴. A finales del siglo XIX, tal y como señala Ángel Duarte, «los jóvenes demócratas que partieron tras el colapso de la primera República, y aquellos que en el tramo final del siglo se les añadirían para eludir la conscripción militar, asumieron, dado su perfil profesional y su vocación intelectual, la condición de mediadores culturales de la comunidad de emigrados y de instrumentos de contacto de ésta con las instituciones de los países de acogida»⁹⁵.

66 Durante la última década del siglo XIX llegaron a Francia socialistas y anarquistas exiliados. La presencia de socialistas, como Antoni Puntet, y anarquistas, como José Oliva o Francisco Llombart (1891-1896) estimuló la colaboración entre las autoridades francesas y las españolas: «los trabajos por un lado de los anarquistas y por otro de los revolucionarios españoles, encaminados a atacar por todos los medios posibles a las instituciones, hacen necesario una vigilancia cada vez más estricta y rigurosa en todo el territorio de este consulado»⁹⁶. A la vez que se establecerán controles más rigurosos en Navarra, Lérida y Girona.

67 Según las autoridades francesas, a mitad de la década de los noventa había anarquistas españoles en Béziers, Agde, Montpellier, Fàbregues, Saint Georges, de Orque, Pignan, ... El número de anarquistas españoles exiliados, sobre todo catalanes, aumentaría considerablemente a causa de la brutal represión gubernamental de 1897 con los procesos de Montjuic. Este año fueron numerosos los dirigentes y militantes obreros internacionalistas que volvieron a exiliarse en Francia, como Anselmo Lorenzo⁹⁷, Teresa Mañé (Soledad Gustavo) o Joan Montseny (Federico Urales)⁹⁸. Motivo por el cual, las autoridades francesas, y sobre todo los prefectos del Hérault y de Aude,

68 han dado las órdenes más severas para que sean vigilados los puntos señalados donde puedo haber españoles sospechosos; ha mandado un comisario especial de seguridad pública para recorrer y examinar en los pueblos las listas de los españoles que se hallen establecidos y que se mande arrestar a todos los indocumentados y con carácter

anarquista y revolucionarios ... y que después de volver los números de procedencia se las expulsa del territorio francés, avisándome de antemano el día de la expulsión y el punto de la frontera donde se dirijan⁹⁹.

69 Grupos de carlistas y republicanos, junto a pequeños núcleos anarquistas compondrán la base del exilio de los últimos veinte años del siglo XIX. Unos y otros prepararán constantemente conspiraciones junto a sus colegas franceses. Unos para proclamar al pretendiente Carlos VII, otros para abolir la monarquía y, aún otros para hacer la revolución.

70 En enero de 1898 todavía se dio otro indulto dirigido a «desertores y prófugos», con el objetivo de aumentar las tropas del Ejército y la Marina en pleno conflicto en Cuba. De hecho, durante el último tercio del siglo XIX, habían aumentado considerablemente el número de jóvenes de entre 20 y 23 años prófugos y exiliados, para evitar el enrolamiento en las quintas. En Cataluña, y especialmente en los territorios cercanos a la frontera francesa este exilio de quintas era masivo.

A modo de balance

71 El exilio español del siglo XIX, especialmente el de la primera mitad, combina el carácter masivo de los finales de los períodos bélicos más importantes: 1808-1814, 1822-1823, 1827-1828, 1833-1840, 1846-1848 y 1872-1876, con el carácter más individual de los cambios de regímenes políticos de 1820, 1843, 1856, 1868 y 1874 y de la represión del movimiento obrero, especialmente en 1874-1876 y durante la última década del siglo XIX.

72 Unos 206.000 españoles marcharon al exilio por un motivo u otro, de forma voluntaria o forzosa a lo largo del siglo XIX. Por un lado, encontramos a los exiliados forzados o forzosos, los perseguidos, los desterrados o los prisioneros de guerra, y por el otro los exiliados «voluntarios» que buscaban refugio por miedo a la represión (a causa de una derrota militar o de la persecución política) o para mostrar su disidencia con el régimen político o con el gobierno de turno. La mayoría de los españoles exiliados durante el siglo XIX se instalaron en Francia y, en menor cantidad, en Inglaterra, en Gibraltar, en los Países Bajos, en Portugal y, aún algunos otros, en el continente americano y en el norte de África (sobre todo en Argelia). Sin embargo, todavía encontramos otra clase de exilio, la del exilio interior, el exilio de aquellas personas que no quisieron o no pudieron salir del país, a pesar de tener razones para hacerlo y que optaron (voluntariamente o a la fuerza) por quedarse en él, ya fuese para oponerse al régimen existente o simplemente para sobrevivir.

73 Muchos personajes claves de la historia de la España del ochocientos pasaron una parte de su vida en el exilio, como el escritor y político liberal Antonio Puigblanch (Mataró, 1795-Londres, 1840) que pasó 25 de los 45 años de su vida en el exilio, o el jefe militar carlista Ramón Cabrera (Tortosa, 1806-Virginia Water, 1877) que pasó 36 de los 71 de su vida en el exilio.¹⁰⁰ Por no citar personajes como Abdó Terrades, Víctor Balaguer, Juan Prim o Manuel Ruíz Zorrilla, con largas estancias en el exilio.

74 La diversidad y la permanencia caracterizan el exilio español del XIX. Algunos de los que marcharon del país de forma provisional, se quedaron fuera de forma definitiva. Otros moderaron sus posiciones y terminaron reincorporándose al país de origen. Y otros radicalizaron sus posiciones, dificultando así su reincorporación. En cualquier caso, el exilio se convirtió en un fenómeno permanente de la política española durante el siglo XIX, tal y como señalaba el historiador Ferran Soldevila en su *Historia de España*:

75 Otra característica del siglo XIX: hombres obligados a expatriarse para evitar castigos

o peligros, que luchan en el extranjero por sus ideales, por sus ambiciones o por sus conveniencias; que arrastran a menudo una vida llena de privaciones y de adversidades, y que esperan en la añoranza la hora del retorno a la patria, no para todos ellos conseguido. Si algunos, por sus profesiones o actividades, pueden adaptarse y aún triunfar, la mayoría no hace más que vegetar oscuramente. Algunos, sin embargo, en medio de sus sufrimientos enriquecen de experiencias de toda clase, toman contacto con corrientes políticas y sociales, literarias, artísticas y científicas, reciben influencias que nunca habrían podido recibir sin salir del país. España recibirá mucho de este forzado contacto de sus hijos con el extranjero; pasarán por él figuras de todos los campos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, hombres de toda especie y categoría, militares, políticos e intelectuales, principalmente¹⁰¹.

76 Las consecuencias del exilio fueron muy diversas, pero en conjunto podemos calificarlas de catastróficas para el desarrollo político, cultural y económico de España. La pérdida, parcial o total, de un capital humano altamente formado en el ámbito profesional, artesanal, científico, e intelectual, fue irreparable y contribuyó a su progresivo estancamiento. Pero, también es cierto que, muchos exiliados españoles realizaron aportaciones importantes al desarrollo político, cultural, social y económico en los países de acogida¹⁰². Otros muchos hicieron suyos los postulados económicos, sociales, políticos, culturales de los países de acogida e intentaron implantarlos en España cuando regresaron. Tenemos un ejemplo en Pablo Montesinos que estudió en Inglaterra las instituciones escolares y de beneficencia durante su exilio y luego inspiró las reformas radicales de la primera enseñanza en España, creando las escuelas Normales y estableciendo las escuelas de párvulos¹⁰³.

77 El exilio también contribuyó a dar a conocer las ideas y reflexiones de los españoles en el mundo, especialmente mediante la traducción de varias obras políticas. De Antonio de Capmany se tradujo su *Centinela contra franceses* (1808) al inglés (1808), al portugués (1808) y al italiano (1814); y de Antonio Puigblanch se le tradujo *La inquisición sin máscara* (1811), al inglés (1816) y al alemán (1817). Sinibald de Mas publicó *A Iberia* primero en portugués (1852) y después en castellano (1853); Fernando Garrido publicó primero en francés en Bruselas *L'Espagne contemporaine* (1862), que se tradujo al castellano (1865) y al alemán (1867); Francisco Pi y Margall vio traducida su obra *Las nacionalidades* (1877) al francés (1879); Valentí Almirall publicó al mismo tiempo *L'Espagne Telle qu'él est* en francés y castellano (1886); y Víctor Balaguer publicó en italiano *Ricordi de Italia* (1899).

78 El largo y continuado exilio español del siglo XIX proporcionó una experiencia política, cultural y social que tuvo una gran incidencia en España, donde se fueron incorporando, no sin parones y retrocesos, nuevas formas de pensar y de hacer. Y, al mismo tiempo, la nutrida presencia de exiliados españoles en el mundo hará que su protagonismo político sea destacable, sobre todo, en Francia e Italia y en América del Sur y Central, tal y como hemos visto en este texto.

Notes

1 Gloria DA CUNHA-GIABBAI, *El exilio. Realidad y ficción*. Montevideo, Arca, 1992, p. 15

2 Margery WEINER, *The French Exiles, 1789-1815*, Londres, Murray, 1960 y Sylvie APRILE, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, CNRS, 2010.

3 Para la evolución del concepto de exilio a lo largo del siglo XIX en España ver Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan F. FUENTES (dir.), *Diccionario político del siglo XIX español*, Madrid, Alianza editorial, 2002, p. 268-271.

4 Antonio ALCALÁ GALIANO, «Recuerdos de un anciano», en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955, p. 206.

5 Charles LAUMIER, *Histoire de la révolution d'Espagne en 1820*, París, Plancher/Lemonnier, 1820, p. 32.

6 Mariano José de LARRA, «La Diligencia» [1835] en Mariano José de LARRA, *Artículos* [edición de Enrique Rubio], Madrid, Cátedra, 2000, p. 304-317.

7 Eugenio de OCHOA, «El Emigrado», en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Imprenta de Boix, 1844, p. 314-326. Otro ejemplo en Sebastián de MIÑANO, «Emigraciones, emigrados», en *Revista Enciclopédica de la Civilización Europea*, vol. VI (París, 1843), p. 176-187.

8 Juan RICO Y AMAT, *Diccionario de los Políticos o verdadero sentido de las voces y frases más usuales entre los mismos*, Madrid, Imprenta de F. Andrés y Cia, 1855, p. 177.

9 Juan F. FUENTES, Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX», en *Ayer* (Madrid, 2002), n°47, p. 35-56 [p. 55 para la cita].

10 Robert J. GOLDSTEIN, *Political Repression in 19th Century Europe*, Londres y Nueva Jersey, Croom Helm Totowa y Barnes & Noble, 1983; T.C.W. BLANNING, *El siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2002; George RUDÉ, *La Europa revolucionaria, 1873-1815*, Madrid, Siglo XXI, 1988 y Jacques DROZ, *Europa: restauración y revolución, 1815-1848*; Madrid Siglo XXI, 1988.

11 Josep FONTANA, *La época del liberalismo*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons-Crítica, 2007; Ramon VILLARES y Javier MORENO, *La Restauración*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons-Crítica, 2008 y Jean-Philippe Luis, «Questions autour de l'avènement de la modernité politique en Espagne (fin XVIIIe siècle-1868)», en *Cahiers de Civilisation espagnole contemporaine*, n°3 (2008): <https://journals.openedition.org/ceec/2523>.

12 José Luis ABELLÁN, *El Exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; Jean-René AYMES, *Españoles en París en la época romántica, 1808-1848*, Madrid, Alianza editorial, 2008 y «Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y el exilio», en *Trienio*, n°10 (Madrid, 1987), p. 3-26; Jordi CANAL (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España, siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2007, p. 11-181; Jordi CANAL, Anne CHARLON y Phryné PIGENET (dir.), *Les Exils catalans en France*, París, PUPS, 2005; Fernando DEVOTO y Pilar GONZÁLEZ (coords.), *Émigration politique. Une perspective comparative. Italiens en Espagnols en Argentine et en France, XIXe-XXe siècles*, París, L'Harmattan, 2001; Encarnación LEMUS (ed.), «Dossier: Los exilios en la España contemporánea», *Ayer*, n°47 (Madrid, 2002), p. 11-179; Clara E. LIDA, *Inmigraciones y exilios. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI, 1997; Gregorio MARAÑÓN, *Españoles fuera de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1961 [1947]; Fernando MARTÍNEZ LÓPEZ, Jordi CANAL, Encarnación LEMUS (eds.), *París, ciudad de acogida: el exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010; Daniel RIVADULLA BARRIENTOS y otros, *El Exilio español en América en el siglo XIX*, Madrid, MAFRE, 1992; Javier RUBIO, *La emigración española a Francia*, Barcelona, Ariel, 1975 y «Las cifras del exilio», *Historia 16*, n°30 (Madrid, 1978), p. 20-32; Germán RUEDA, *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos, 1820.1950, de «dons» a «místers»*, Madrid, MAFRE, 1993, y *Españoles emigrantes en América, siglos XV-XX*, Madrid, Arco Libros, 2000; Juan L. SIMAL, *Exilio, liberalismo y republicanismo en el mundo atlántico hispano, 1814-1834*, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2011 y *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 2012; Consuelo SOLDEVILA, *El Exilio español, 1808-1975*, Madrid, Arco Libros, 2001 y Juan B. VILAR, *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid, Síntesis, 2006.

13 Peter WALDMANN y Francisco REINARES, *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999; David ARMITAGE, *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid, Alianza, 2018 y Jordi CANAL, «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español», en *Ayer*, n°55 (Madrid, 2004), p. 37-60.

14 Josep FONTANA, *La época del liberalismo ...*, op. cit. y Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

15 Jordi CANAL (ed.), «Las Guerras civiles en la España contemporánea», en *Ayer*, n°55 (Madrid, 2004), p. 11-148; DDAA, «Guerras civiles i violencia en Vasconia (siglos XIX y XX)», en *Vasconia*, n°26 (Bilbao, 1998), p. 3-313; Juan L. SIMAL, *Emigrados ...*, p. 61-360 y Carlos FORCADELL, «La Sociedad aragonesa en el siglo XIX: liberalismo y luchas políticas», en *Destierros aragoneses II. El exilio del siglo XIX y la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, p. 9-20.

16 Fray Agustín de CASTRO, «Premio y castigo», en *La Atalaya de la Mancha*, de 2 de julio de 1814.

17 Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza editorial, 1988; Luis ALONSO TEJADA, *Ocaso de la Inquisición*, Madrid, Zero-ZYX, 1969 y Jorge

NOVELLA, *El pensamiento reaccionario español (1812-1875): tradición y contrarrevolución en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

18 Mariano José de LARRA, «Día de difuntos de 1836», en *Las palabras. Artículos y ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 317.

19 Carles RAHOLA, *Els emigrants polítics en la història*, Girona, El Autonomista, 1926. [1791-1831] y Miquel dels Sants OLIVER, *Catalunya en temps de la Revolució francesa*, Barcelona, Societat Catalana d'Edicions, 1917.

20 Juan F. FUENTES, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica, 1989 y Fernando DÍAZ-PLAJA, *El Abate Marchena: su vida, su tiempo, su obra*, Madrid, León, Diputación provincial, 1986.

21 Carmen L. MICHELENA, *Luces revolucionarias. De la rebelión de Madrid (1795) a la rebelión de La Guaira (1797)*: <http://carmen-michelena.blogspot.com.es/2012/12/luces-revolucionarias-de-la-rebelion-de.html>.

22 Isabel M^a PASCUAL, «El exilio voluntario como una manifestación de la fraternidad política: Manuel Marliani y su lucha por la monarquía liberal», en *Trienio*, n°60 (Madrid, 2012), p. 5-39.

23 Antonio MOLINER (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Molins de Rei, Nabla ediciones, 2007.

24 Luis BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español, 1813-1820*, Madrid, CSIC, 1993; Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores: los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; Miguel ARTOLA, *Los afrancesados*, Madrid: Alianza Editorial, 1989 y Enric RIERA, *Els afrancesats a Catalunya*, Barcelona, Curial, 1994.

25 Jean René AYMES, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La Deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Juan B. VILAR, *La España ...*, p. 61-117 y Juan L. SIMAL, *Emigrados ...*, p. 61-90.

26 Jean-René AYMES, *Los españoles...., op. cit.*, p. 37-59.

27 Josep FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona., Crítica, 2002.

28 Guillaume DE BERTIER DE SAUVIGNY, *La Restauration*, París, Flammarion, 1974; Emmanuel DE WARESQUEL y Benoît YVERT, *Histoire de la Restauration, 1814-1830*, París Perrin, 2002.

29 José DELEITO PIÑUELA, *La emigración política en España durante el reinado de Fernando VII*, Madrid, Nuestro Tiempo, 1921.

30 Eugenio de OCHOA, «El Emigrado», p. 318.

31 Joaquín VARELA SUANZES (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766 -1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004; Martin MURPHY, *Blanco White: selfbanished Spaniard*, New Haven, Yale University Press, 1989 y Manuel MORENO ALONSO, *Blanco White. La obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998.

32 Juan L. SIMAL, *Emigrados ...*, p. 74-95 y Juan. B. VILAR, *La España....*, p. 163-196.

33 Juan L. SIMAL, *Emigrados ...*, p. 96-108.

34 Alberto GIL NOVALES, *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, 2 vol., Madrid, Tecnos, 1975; Ramon ARNABAT, *La revolució de 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya*, Vic, Eumo, 2001 y *Visca el Rei i la Religió! La primera guerra civil de la Catalunya contemporània*, Lérida, Pagès, 2006.

35 Giovanni ALBERTOCHI, «Exiliats italians a Catalunya a començaments del segle XIX», en *Revista de Catalunya*, n°215 (Barcelona, 2006), p. 16-35; Agostino BISTARELLI, «Vivere il moto spagnolo. Gli esiliati italiani in Catalogna durante il Triennio Liberale», (I) y (II), en *Trienio*, n°32 y 33 (Madrid, 1998 y 1999), p. 5-14 y 65-91; Manuel MORÁN ORTÍ, «Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña», en *Itálica. Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, n°8 (Roma, 1990), p. 329-363 y Juan L. SIMAL, *Emigrados...*, p. 151-159.

36 Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009. Ver también, Juan L. SIMAL, «Circulación internacional de modelos políticos en la era postnapoleónica: cultura, debate y emulación constitucional», en *Revista de Estudios Políticos*, n°175 (Madrid, 2017), p. 269-288.

37 Ramon ARNABAT, *Visca ...*, *op. cit.*, p. 95-332.

38 Carta de 17 de diciembre de 1822. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, legajo 6.228.

39 Ramon ARNABAT, Manuel BOFARULL, Joan A. VENTURA (ed.), *La llibreta d'en Xaconín. Dietari d'un soldat realista del Penedès (1820-1823)*, Vilafranca del Penedès, Institut d'Estudis

Penedesencs, 1993.

40 Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales (ADPO), legajos 4MP-260 y 339.

41 Gonzalo BUTRÓN y Alberto RAMOS (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000; Emilio LA PARRA, *Los cien mil hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007 y Ramon ARNABAT, *Visca...*, p. 333-427.

42 Julián CASANOVA (Coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002; Conxita MIR (Coord.), «La represión bajo el franquismo», en *Ayer*, n° 43 (Madrid, 2001), p. 11-188 y Ramon ARNABAT, «La represión: el ADN del Franquismo español», en *Cuadernos de Historia*, n°39 (Santiago de Chile, 2013), p. 33-59.

43 Citado por Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española. 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 57-101. Ver también, Ramon ARNABAT, «Repressió liberal i restauració de la monarquia absoluta», en *Segon Congrés de Recerques: Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lérida, Pagès, 2002, p. 422-440.

44 Josep FONTANA, *Hacienda y Estado, 1823-1833*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2001 [1973] y *De en medio del tiempo ...*, *op. cit.*, p. 142-291.

45 Marqués de MIRAFLORES, *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la revolución de España desde el año de 1820 hasta 1823*, Londres, Ricardo Taylor, 1834, p. 206-220. En el mismo sentido se expresa el banquero francés Ouvrard, financiador de la campaña francesa de los Cien mil hijos de San Luis: Gabriel J. OUVRARD, *Mémoires de G-J- Ouvrard sur sa vie et ses diverses opérations financières*, París, Moutardier, 1826, vol. II, p. 60-61.

46 Escrito del 21 de noviembre de 1854, e inédito hasta 1957, publicado en Karl MARX [edición de Manuel Sacristán], *La Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 59-62.

47 Alejandro OLIVÁN, *Ensayo imparcial sobre el gobierno del Rey D. Fernando VII, escrito en Madrid por un español en mayo del presente año, y dado a luz en Versalles por un amigo del autor*, París, J. P. Jacob impresor, 1824, p. 155.

48 *ESTADO que manifiesta el número de personas que en los índices inversos remitidos por los Intendentes del Ramo resultan con las notas de más o menos adictos al Régimen Constitucional*, Superintendencia de Policía, Madrid, 31 de enero de 1826 (AHN. Consejos. Legajo 12.276).

49 Rafael SÁNCHEZ MANTERO, «Exilio liberal e intrigas políticas», en *Ayer*, n°47 (Madrid, 2002), p. 17-34 y «Liberales fuera de España. El exilio político en la crisis del Antiguo Régimen», en José Luis CASAS y Francisco DURÁN (coords.), *III. Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2005, vol. I, p. 13-26; Juan F. FUENTES, «Afrancesados y liberales», en Jordi CANAL (ed.), *Exilios...*, p. 137-166; Juan. L. SIMAL, *Emigrados ...*, *op. cit.*, p. 181-247 y Alberto GIL NOVALES, «La emigración liberal aragonesa en 1823», en *Destierros aragoneses. II...*, *op. cit.*, p. 21-36.

50 Dolores RUBIO, Antonio ROJAS, Juan F. FUENTES, «Aproximación sociológica al exilio liberal español de la Década Ominosa (1823-1833)», en *Spagna contemporánea*, n°13 (Torino, 1998), p. 7-19. Ver también, Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, Madrid, Rialp, 1975 y Juan L. SIMAL, *Emigrados ...*, *op. cit.*, p. 196-210.

51 Rafael SÁNCHEZ MANTERO, «Gibraltar, refugio de liberales exiliados», en *Revista de Historia Contemporánea*, n°1 (1982), p. 81-107.

52 Nadiezdha COSORES, «England and the Spanish Revolution of 1820-1823», en *Trienio*, n°9 (Madrid, 1987), p. 39-131; Christiana BRENNECKE, *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820-1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010 y Nataliya NÓVIKOVA, *Las actividades literarias de la emigración española en Londres (1820-1830)*, Moscú, Universidad Lomonosóv, 2016.

53 Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, Barcelona, Biblioteca de Autores Andaluces, 2004, p. 364.

54 Juan. L. SIMAL, *Emigración...*, *op. cit.*, p. 211-227.

55 Juan B. VILAR, «La emigración liberal española en los Estados Unidos: Una primera aproximación (1823-1833)», en *Estudios de Derecho Constitucional y de Ciencia Política. Homenaje al Prof. Rodrigo Fernández Carvajal*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, p. 1167-1185 y Juan. L. SIMAL, «En la cuna de la libertad: Félix Mejía, un exiliado español en Estados Unidos, 1824-1827», en *Historia y Política*, n°20 (Madrid, 2008), p. 265-291.

56 Juan. L. SIMAL, *Emigración ...*, *op. cit.*, p. 227-247 y Juan B. VILAR, *La España...*, *op. cit.*, p. 163-196.

- 57 Alberto GIL NOVALES (editor), *Juan Romero Alpuente: Historia de la revolución española y otros escritos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, vol. I, p. LVII-LXXVIII.
- 58 Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989. Ver también Juan B. VILAR, *La España...*, *op. cit.*, p. 123-196 y Juan. L. SIMAL, *Emigrados...*, *op. cit.*, p. 249-357.
- 59 Joaquín DEL MORAL RUIZ, «Realistas, miguelistas y liberales: contribución al estudio de la intervención española en Portugal», en José M^a JOVER ZAMORA (coord.), *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 239-254 y Armando BARREIROS MALHEIRO, *Miguelismo: ideología e mito*, Coimbra, Livraria Minerva, 1993.
- 60 Jaume TORRAS, *La guerra de los Agravados*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1967 y Federico SUÁREZ, *Los agravados en Cataluña*, 4 vol., Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1972.
- 61 Juan ROMERO ALPUENTE, *Los tres días grandes de Francia y los medios para llegar a ver otros iguales en la infeliz España*, Pirineos, 1830.
- 62 Los datos en Juan L. SIMAL, *Emigración...*, *op. cit.*, p. 260-291.
- 63 Citado por Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista en la España del siglo XIX: carlistas y demócratas revolucionarios*, Madrid, Castalia, 1984, p. 36.
- 64 Ana M. GARCÍA ROVIRA, *La revolució liberal a Espanya i les classes populars*, Vic, Eumo, 1989.
- 65 Jean SARRAILH, «Réfugiés espagnols en France au XIX^e siècle. Le dépôt de Montmorillon (1831-1833)», en *Bulletin Hispanique*, vol. XXX (1928), p. 220-234.
- 66 Antonio PIRALA, *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, 6 vol., Madrid, Turner, 1984; Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*; Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la Guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1995 y «Carlistas» en J. CANAL (ed.) *Exilios...*, *op. cit.*, p. 167-189; Ramón DEL RÍO ALDAZ, *Revolución liberal, expolios y desastres de la primera guerra carlista en Navarra y el frente norte*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2000; Pere ANGUERA, *Déu, Rei i Fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995 y Manuel SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya*, Lérida, Pagès, 1999.
- 67 Joseba AGIRREAZKUENAGA y José R. URQUJO (eds.), *150 años del convenio de Bergara y de la ley del 25-X-1839*, Vitoria, Parlamento Vasco, 1990.
- 68 Wilhelm von RAHDEN, *Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española* [introducción de Pedro Rújula], Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013 y Pedro RÚJULA, *Ramón Cabrera. La senda del Tigre*, Zaragoza, Iber-Caja, 1995.
- 69 Rafael GONZÁLEZ DE LA CRUZ, *Historia de la emigración carlista, dedicada a los monárquicos españoles*, Madrid, 1846, t.1.
- 70 Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 1968.
- 71 Joan CAMPS GIRÓ, *La guerra dels Matiners i el catalanisme polític (1846-1849)*, Barcelona, Curial, 1978; Robert VALLVERDÚ, *La guerra dels Matiners a Catalunya (1846-1849)*, Barcelona, PAM, 2002; Josep M. OLLÉ ROMEU, *Matiners (febrer, 1847-1848. Febrero)*, Barcelona PPU SA, 2007 y Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, *op. cit.*, p. 39-90.
- 72 Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, *op. cit.*, p. 99-100.
- 73 Ver Jean-René AYMES, *Españoles en París...*, *op. cit.*, p. 109-115.
- 74 Francesc ROCA y Víctor HURTADO (dir.), *Catalans al món: atlas de la presència catalana al món: 998-2008*, Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 2009, p. 125.
- 75 Fernando GARRIDO, *Obras escogidas de Fernando Garrido, publicadas e inéditas, precedidas de un prólogo por D. Francisco Pi y Margall*, 2 vol., Barcelona, Buenaventura Bassas, 1859-1860; Jordi MALUQUER DE MOTES (ed.), *La federación y el socialismo*, Barcelona, Labor, 1975 y Eliseo AJA, *Democracia y socialismo en el siglo XIX español: el pensamiento político de Fernando Garrido*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- 76 Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, *op. cit.*, p. 99-112.
- 77 Rafel SERRANO GARCÍA (coord.), «El Sexenio democrático» *Ayer*, n°44 (Madrid, 2001), p. 11-174.
- 78 Joan PALOMAS, *Víctor Balaguer. Renaixença, Revolució i Progrés*, Vilanova i la Geltrú, El Cep

i la Nansa, 2004.

79 Pere ANGUERA, *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa, 2003.

80 Román OYARZUN, *Historia del Carlismo*, Madrid, Alianza, 1969, p. 299-454; Jordi CANAL, *El carlismo*, Madrid, Alianza, 2000, p. 270-210 y Robert VALLVERDÚ, *El Tercer carlisme a les comarques meridionals de Catalunya, 1872-1876*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997.

81 Pedro RÚJULA, «Los Carlistas», en Jordi CANAL (ed.), *Exilios...*, op. cit., p. 167-189.

82 Reproducido en <http://www.veuobrerera.org/00finest/ait-deta.htm>

83 Teresa ABELLÓ, *Les relacions internacionals de l'anarquisme català (1881-1914)*, Barcelona, Edicions 62, 1987.

84 Annie KRIEGEL, *Las Internacionales obreras: 1864-1943*, Esplugues de Llobregat, Orbis, 1986 y Josep TERMES, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1868-1881)*, Crítica, Barcelona, 1976.

85 Emili SAMPER, *De l'anarquisme al folklore. Cels Gomis i Mestre (1841-1915)*, Tarragona, Publicacions URV, 2013.

86 Maria Teresa MARTÍNEZ DE SAS y Pelai PAGÈS (dir.), *Diccionari biogràfic del moviment obrer als països catalans*, Barcelona, PAM, 2000.

87 *Dictionnaire international des militants anarchistes* en <http://militants-anarchistes.info/>

88 Gonzalo ZARAGOZA, «Antoni Pellicer Peraire i l'anarquisme argentí», en *Recerques*, n°7 (Barcelona, 1978), p. 99-115.

89 *La Protesta Humana*, octubre de 1897.

90 Iacov OVED, «Influencia del anarquismo español sobre la formación del anarquismo argentino», *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2-1 (Tel Aviv, 1991): <http://www7.tau.ac.il/ojs/index.php/eial/article/view/1287/1313> y Gonzalo ZARAGOZA, *Anarquismo argentino, 1876-1902*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

91 Manuel ESPADA BURGOS (coord.), *La época de la Restauración (1875-1902). Vol. 1 Estado, política e Islas de Ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.

92 Carta del consulado de Perpiñán al de Sète, el 30 de agosto de 1883, reproducida por Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, op. cit., p. 133.

93 Eduardo HIGUERAS, *Con los borbones, jamás: biografía de Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895)*, Madrid, Marcial Pons, 2016; M^a Teresa MARTÍNEZ DE SAS, *Los últimos veinte años de un conspirador: el insurreccionalismo zorrillista durante la Restauración (1875-1895)*, Madrid, Artegraf, 2004 y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, «Los Republicanos», en Jordi CANAL (ed.), *Exilios...*, op. cit., p. 191-200.

94 Citado por Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, op. cit., p. 148.

95 Àngel DUARTE, «Republicanos, emigrados y patriotas. Exilio y patriotismo español en la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX», en *Ayer*, n°47 (Madrid, 2002), p. 57-80.

96 Ordre reservada del 23 de juliol de 1894. Vegeu Juan B. VILAR, *La España ..., op. cit.*, p. 269-314.

97 Anselmo LORENZO, *El proletariado militante. Memorias de un internacional*, Toulouse, Editorial del Movimiento Libertario Español. CNT, 1947.

98 Salvador PALOMAR, *Els Montseny Mañé: un laboratori de les idees*, Reus, Arxiu Municipal, 2006.

99 Citado por Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *El exilio carlista...*, op. cit., p. 150.

100 Enric JARDÍ, *Antoni Puigblanch: els antecedents de la Renaixença*, Barcelona, AEDOS, 1960 y Concha RODRÍGUEZ, *Ramon Cabrera a l'exili*, Barcelona, PAM, 1989.

101 Ferran SOLDEVILA, *Historia de España*, vol. VI, Barcelona, Ariel, 1959 y Ramon ARNABAT, «El exilis al segle XIX: l'exili continuu (liberals, carlistes, republicans, socialistes, anarquistes)», en *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, vol. XX (Barcelona, 2009), p. 137-167.

102 Juan L. SIMAL, «Exils et circulations des idées politiques entre Amérique hispanique et Espagne après les indépendances (1820-1836)», en *Revue d'histoire du XIX siècle*, n°51 (Paris, 2015), p. 35-51 y «El exilio en la génesis de la nación del liberalismo (1776-1848): el enfoque transnacional», en *Ayer*, n°94 (Madrid, 2014), p. 23-48.

103 Pablo MONTESINOS, *Manual para los maestros de escuelas de párvulos*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y Ciegos, 1850 [2^a edición].

Pour citer cet article

Référence électronique

Ramón Arnabat, « El exilio cotidiano: sociedad, violencia y guerra civil en el siglo xx español », *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En ligne], 21 | 2018, mis en ligne le 25 janvier 2019, consulté le 27 février 2020. URL : <http://journals.openedition.org/ccec/7678> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/ccec.7678>

Auteur

Ramón Arnabat

Université Rovira i Virgili (Tarragone, Espagne)

Droits d'auteur

© CCEC ; auteurs